

LA REVELACION.

REVISTA-ESPIRITISTA.

Año II.

SALE DOS VECES AL MES.

Núm. 41.

ADVERTENCIA.

La administracion del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraidos con sus suscritores, espera que estos harán las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicacion, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redaccion del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 15 DE SETIEMBRE DE 1873.

LA MEJOR PREDICACION.

III.

Porque si perdonais a los hombres sus pecados, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Mas si no perdonais a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

(San Mateo, cap. vi. v. 14 y 15.)

Nada de cuanto se relaciona con el mundo moral, con la vida íntima de la conciencia,

puede satisfacer mejor, los puros gozos del espíritu, y despertar en nuestro ser emociones mas dulces y sentimientos mas elevados, que el acto, generoso siempre, de perdonar a nuestros enemigos. Y nada mas grato a los ojos de Dios; nada que lleve mas pronto la paz y el sosiego al corazón, y nos facilite el medio de avanzar un paso mas en el camino de nuestro perfeccionamiento, que el sacrificio que hacemos, en aras de nuestro propio bien y en cumplimiento de los preceptos divinos, de perdonar las ofensas y amar a nuestros enemigos. Es preciso haber experimentado, signiera una sola vez en la vida, esas deliciosas sensaciones; preciso haber sentido latir el corazón a impulsos de ese sentimiento sublime, que ennoblece y purifica nuestro ser, para comprender y apreciar toda la grandeza de ese acto, tan sencillo a la vez, y tan difícil de practicar por la generalidad de los hombres. Si, perdonar las ofensas; amar a nuestros enemigos (frases solemnes, bellas y encantadoras palabras, que hacen estremecer de gozo a toda conciencia recta, a toda alma generosa). ¡Desgraciado, mil veces desgraciado el que dice «yo no perdonaré jamás!» Con semejante resolución el mismo se labra su propia destrucción! Y esa frase, espresion de un sentimiento apasionado, que no es otra cosa, que el orgullo mal comprimido, seca y quema sus labios, y abraza y marchita el corazón. ¡Oh y cuán lejos se encuentra entonces de Dios! No espere, en ese estado angustioso de su

espíritu, saborear siquiera el fruto sazón de del bien, ni respirar las brisas suaves de la dicha. Inasible a las más profundas y delicias emociones del alma, su vida se verá agitada por sensaciones desagradables que no podrá comprender, pero que alterarán la pureza de sus goces, y perturbarán su razón para que no pueda oír el grito avisor de la conciencia, que es la voz de Dios que le llama, solícito por su bien, al cumplimiento de sus divinos mandamientos.

Seámos misericordiosos y seremos pacíficos y benignos; y al calor de esa sublime virtud, nacerá en nuestro corazón el olvido de las ofensas, que nos colocará al nivel de las almas elevadas; pero quiliénes no hay mal que no sepa apartar de sí, con humildad y mansedumbre. Perdonar a los demás es perdonarnos a nosotros mismos; es elevarnos sobre nuestros enemigos; es llevar la paz al alma y la tranquilidad a la conciencia. Jesús nos da un gran ejemplo de elevada abnegación, de celestial mansedumbre, perdonando a sus verdugos, a aquellos que, después de perseguirle y tratarle como al peor de los criminales, le hacen perocer, lleno de angustia, en un afrentoso patíbulo. ¡A él, albondososo, al inocente, al justo por excelencia! Y qué contestó a los que se movían de su agonía? *perdonadlos, padre, que no saben lo que se hacen.*

Imitemos a Jesús, y amando a nuestros enemigos, los venceremos, destruyéndolos. Con nuestro ejemplo, todas sus armas, todas sus fuerzas, hijas del orgullo nada más, de ese monstruo que excita la hiel y perturba con ella la razón y el sentimiento. Esforcémonos en dar ese ejemplo de santa abnegación, de edificante caridad. Y dejemos que Dios nos juzgue según nuestros merecimientos. Aquella ley tan dura como inhumana de pueblo de Israel, de *ojo por ojo, y diente por diente*, ley que sancionó la enemistad y la hiel interminable; que eternizó los odios y hace imposible toda reconciliación entre los hombres; ley que conserva siempre vivo en el corazón el deseo de la venganza; y la sostiene y la acaricia como si fuese un alimento necesario del espíritu; esa ley, es el reflejo

de la ignorancia y del atraso moral de aquella época, en que el hombre, falto de instrucción, se arrastraba, como asqueroso reptil, en el fango de las pasiones y se envenenaba en el cenagal de sus vicios. Así corría la humanidad, en aquellos tiempos de barbarie, por estraviados senderos, y se suscitaban las generaciones, sin dar un paso de avance en el camino de su perfeccionamiento moral; hasta que la palabra divina de Jesús se dejó oír, sonora y vibrante en la elevada cima de luz y amor, y con aquella frase sencilla, frase de humildad y mansedumbre, *amad a vuestros enemigos; cobrad bien por mal* colocó los sólidos cimientos y estableció la base indestructible del edificio que, más tarde, habla de regenerar al mundo. ¡Lástima, gran lástima! apenas de diez y ocho siglos de aquella predicación santa, los pueblos no han conseguido su sentimiento moral, y que el elocuente voz del cristianismo, no haya resonado en la conciencia y echado profundas raíces en el corazón!

¡Dolorosas las verdades que después de tanto tiempo, cuando la luz de la ciencia y el maestro ha debido extenderse por todas partes, o infiltrarse en las entrañas mismas de la humanidad, se han dispuesto a ser enseñadas con el mayor interés, cuando las ideas más modernas concluyen, hayan quedado, esteriles aquellas máximas santas, aquellas verdades sublimes que, practicadas y enseñadas con la fe y perseverancia con que lo hicieron los primeros propagadores del cristianismo, hubieran secado en su origen, los gérmenes del mal, extirpado el cáncer corrosivo del vicio que pervierte el sentimiento y abierto al espíritu, anhelante de dicha, las puertas del camino anheloso que conduce a la morada del Padre. Sensible es que la palabra de Cristo, bálsamo consolador de nuestras aflicciones, no haya dado todo el fruto que el mismo se prometiera; y es porque los encargados de hacerla conocer y cumplir, muy olvidados de lo espiritual, entorpecieron la marcha ardua de aquellas doctrinas, y en sus miras interesadas por los goces mundanales, las dieron torcidas interpretaciones, alteraron su sentido, dando, de este modo,

en vez de virtud, fanatismo, y en lugar de
instrucción, hipocresía.

Así se ha ido pervirtiendo el espíritu y la letra de aquellos venerados preceptos, de aquellas consoladoras verdades, hasta haber convertido una doctrina de inmaculada pureza, de divina e imperecedera moral, en un conjunto de reglas y de mandatos, contrarios á la razón y al buen sentido, que apartan de la sombra del árbol del cristianismo á la mayor parte de los hombres, cuando en vez de imitadores de aquel mártir ilustre, escepticos, cuando no materialistas y ateos. No se valia la humanidad sumida en la ignorancia de sus deberes, y presa de los vivos y lus malas pasiones, agitar en el caos de un fanatismo moliculoso, que si algo enseñaba, si á algo conducía es á cubrir las apariencias de una fingida virtud con el manto arapace de una refinada hipocresía. Luchando á Cristo, no conservación los hombres el rencor que se tienen cuando reciprocamente se ofenden, ni sería el móvil de sus acciones el orgullo, ni las masas en sus civiles contiendas se perseguirán como fieras, ni se cometerían tantos actos de vergonzosa inmundicia como los que tienen lugar hoy mismo y que están escandalizando al mundo. Imitemos á Cristo perdonando á nuestros enemigos y amándonos como hijos que somos de un mismo padre, y la paz y la dicha estarán entre nosotros, y terminada nuestra misión en este planeta, bendeciremos la mano que nos señaló el camino que conduce á la verdadera felicidad.

misterios, dogmas, artículos de fe, etc., son la verdadera y sola áncora de salvación. Aquel cuya vida no es muy edificante, pero que en un momento dado confiesa creer sinceramente todo cuanto la Iglesia enseña, alcanza, sin duda alguna, según aquella, la gracia del perdón y se libra de eterna pena. El que, por la desgracia de nacer fuera del seno de dicha Iglesia, y por religión conoce y muere abrazando diferentes creencias, nadie puede impedir su eterno castigo.

Estas deducciones, consideradas en otros tiempos como muy prudentes y hasta obvias para conservar la inteligencia humana, atrevida en demasía y por ende expuesta a diversos, dudas fatales y heréticas negociaciones, producen hoy efectos contraproducentes; por que, almas de alimentar la ignorancia y dar vida a la superstición, aumentan indefinidamente el número de crédulos e indiferentes, que al sentir bullir en su cerebro ideas más lógicas y conformes con relación a los atributos divinos y a su mismo ser, abandonan unos de la religión que les nació en la cuna y los otros han su porvenir al acaso. Y el escepticismo quiere proporciones asombrosas, a medida que la humanidad va adquiriendo la costumbre de pensar y la valentía y el fatalismo, son la norma de conducta en perjuicio de su progreso moral e intelectual que se estaciona.

Porque convencidos del divorcio constante entre la razón y la religión; persuadidos de que los esfuerzos del género humano que allí rigen con tenacidad en busca de una idea que no con profunde, pero que entreve, y sumidos en profunda meditaciones, se les sube a su abstracción, hiriéndoles en lo más vivo del espíritu la famosa enciclica "Syllabus", que condena el progreso y la libertad; en su fundiéndoles tanta pertinacia por espasmos las tinieblas.

“El espiritismo, doctrina de amor y de consuelo, de paz y de esperanza, de perdón y caridad, de actividad y trabajo, de humildad y abnegación, de virtud y de estudio, que viene a preparar el terreno fértil, para el nacimiento de la fraternidad, donde al lado del trigo madra la alfalfa con tan crecida proporción, que absorba

completamente el mal al bien, quedando aquel tan raquítico por incuria de los cultivadores, por negligencia de sus encargados, que el egoísmo y el orgullo lo invaden todo y todo lo corrompen. El espiritismo con la convicción en su doctrina, con la fé en sus máximas, con la creencia de su necesidad, prepara, repito, poco á poco los ánimos por medio de la discusión y el raciocinio, para arrancar de raíz la zizaña, estimulando el amor, acreciendo el deseo del trabajo y del estudio, y armonizando la ciencia con la conciencia, dice: que *Conte* puso la primera piedra de la regeneración social; que Jesús vino á salvar á todos sus hermanos, á todos los hijos de Dios, á toda la humanidad, del reinado del error y de las tinieblas, y que enviará al Consolador, al espíritu de Verdad para restablecer todas las cosas. ¡Lástima que la que se dice heredera de su doctrina, no nos ayude en tan sublime idea! Dolor profundo siente nuestro corazón al verla separada de tan evangélica misión! Pero... ¿Sería tarde? Jamás lo es para el bien, para difundir la luz, para disipar las tinieblas. ¿Se opone algo á este objeto? Respecto á los hechos, y continuemos.

El sentido de la palabra fé, tal como lo enseña la iglesia romana, es una de las cosas que debe restablecerse, porque esta, enerva la inteligencia, y la de Cristo, dá vida al precioso destello de la infinita bondad del Hacedor. Aquella hace preciso contener el sentimiento, indispensable coartar la voluntad, necesario sujetar el pensamiento; mientras que la de Jesús, muestra al sentimiento, y á la voluntad vastísimos horizontes, circunscritos por la caridad y el amor, y completa el camino hacia Dios, añadiendo por la ciencia, para admirarle, al comprender algunos de los sublimes efectos, pudiendo reunirse hacia El, por la ciencia y la caridad, con amor y trabajo, estudio y virtud.

Analícemos pues á la ligera, ya que no permito otra cosa lo reducido del periódico, una definición sobre la fé, que encontramos en un manual de religión y moral, cursado en nues-

tra juventud, y que aún hoy se enseña oficialmente.

En la lección XV, pag. 79, se lee:

«La fé es una virtud sobrenatural que infunde Dios en nuestra alma con la que creamos todo lo que la iglesia nos propone como revelado por Dios. La fé es tan necesaria para el hombre, que sin ella no pueda agradar á Dios, como dice el apóstol: sin ella la es imposible salvarse, como asegura lisamente el evangelio.»

Entendiéndose por virtud cristiana según dicho manual. «El hábito y disposición del alma para obrar conforme á la ley de Dios en orden á nuestra bienaventuranza.»

En primer lugar, no podemos admitir nada, absolutamente nada sobrenatural. Esta palabra aplicada á hechos sorprendentes, maravillosos y desconocidos, ha dejado de existir ante el progreso científico, que establece como base, la pequeñez de nuestra inteligencia, para abarcar y comprender los innumerables efectos que dimanar de la gran causa.

Sobre la creación solo existe el Creador que, desde el *fiat lux* imprimió las leyes á la misma, desenvolviéndose esta con sujeción á aquellas sin que por nada, ni por nadie, pueda alterarse la marcha que le fué prescrita.

Un hecho sobrenatural implica suspensión, variación ó abrogación de las leyes que rigen los mundos, y la observación, la ciencia, la razón y la inmutabilidad, uno de los divinos atributos, nos demuestran hasta la evidencia, que el omnipotente y poderoso Artífice, no altera, ni abroga, ni suspende las leyes que dictó desde *ab-initio*, para el gobierno y armonía del Universo. Todo cuanto ocurre es debido al desarrollo de las leyes tan naturales como eternas, y si un fenómeno incomprensible se presenta á nuestra vista, no digamos, impulsados por el orgullo, sobre-natural! Confesemos con sinceridad que la ciencia suprema es infinita y la nuestra muy finita, para que de este modo; emprendamos con afán el estudio sobre la materia y el espíritu, elementos primordiales de cuanto fué creado.

Los milagros y hechos maravillosos en el

sentido de sobre-natural, quédease para el tiempo en que el profeta Elías fué arrebatado en cuerpo y alma al cielo, y San Dionisio el Areopagita, primer obispo de Paris, llovo en las manos su cabeza después de decapitado.

Además; si la fe es una virtud sobre-natural que infunde Dios en nuestra alma con la que creemos todo lo que la iglesia propone como revelado por Dios, y lo sobrenatural solo de Dios procede, solo á El corresponde, sin que ningún poder humano pueda concederlo, ¿el hombre á quien Dios no le haya infundido esa virtud sobre-natural de la fe para creer, no puede salvarse?

El incrédulo, debe serlo porque no tiene fe; y no la tiene porque á Dios no le plaga infundirla en su alma: ¿y por esto se condena? ¡privado de salvacion, porque Dios no se dignó infundir en su alma la sobre-natural virtud de la fe!

¡Qué fatales y terribles consecuencias para la humanidad en el siglo xix! Castiga eternamente por no creer todo lo que la iglesia propone como revelado por Dios. ¿Y por qué se han de admitir, por qué se hacen creer revelaciones contrarias á la ciencia y á la razon?

La Iglesia negó desde Lactancio y San Agustin la existencia de los Antipodas; el movimiento de la tierra; contradijo á Colon; sostiene que el mundo salió de la nada y fué formado en seis dias; que de una costilla de Adán fué formada Eva; que existió el Paraíso; que el infierno y el purgatorio existen; que el Papa es infalible, etc., etc., etc., y sin embargo, los antipodas y el movimiento de la tierra son una verdad: la América atestigua la profunda convicción del intrépido marino; la idea que tenemos de Dios, persuade que el mundo salió del Creador: la geología demuestra que desde el edificación de la primera capa de nuestro planeta hasta la aparición de la raza humana, debieron transcurrir millares de millones de siglos: la fisiología demuestra que la formación de Eva, de una costilla de Adán, es una invencion que ni siquiera merece los honores del privilegio, y la geografía y la astronomía evi-

denecian que el paraíso, el infierno y el purgatorio, son lugares imaginarios, hijos de la ignorancia los primeros; y de la conveniencia el último.

Pues bien; ¿al negarse hechos anteriores y sostener otros muchos más que no se olvidan, se hizo por revelacion divina? Si se concede; la afirmacion misma prueba que se revelaron contradiciendo la razon y la ciencia; y la negativa nos obliga á examinar las proposiciones de la iglesia que se engañó.

El concilio de Roma, declaró infalible al pontífice. ¿Se desoia aún demostracion más concluyente de que la iglesia se engaña?

La misma iglesia no se engaña que solo Dios, ni se engaña, ni puede engañarnos: ella nos dió á conocer la infalibilidad como uno de los atributos divinos; y ella la reconoce en un hombre.

Entonces ¿por qué condenais á los que no creen cosas contrarias á la ciencia y á la razon, y hasta en contradiccion á vuestras mismas enseñanzas? ¡Ay de vosotros Doctores de la ley que os alzaisteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entráis y habeis prohibido á los que entraban: S. Lucas XI. 52.

¿Cuánto podríamos añadir si fuésemos á la historia! Pero dejémosla estar, porque al recordar la cuestion sobre la naturaleza de Cristo, por la cual se derramó tanta sangre, y otros y otros hechos, no cumpliríamos con la caridad que prescribió el espiritismo, y así los muertos que entienden á los muertos.

Si pues la iglesia ha propuesto como revelado por Dios ciertos hechos ó dogmas, y estos se oponen á lo que la razon nos dice sobre la ciencia suprema, según queda demostrado, ¿por cual optaremos? Si, esta con su poder no armonizó el progreso con la verdad, y la armonia existe en la creacion, sin que se resienta de nada, ¿qué deduciremos?

¿Es posible convencerse, ni siquiera comprender, el por qué se condena uno por falta de fe, ni admitir hechos que nos confunden, callando ante la palabra misterio? ¿Cómo es posible que nuestro espíritu todo actividad pueda contener la facultad de pensar ante la palabra dogma? Es

absolutamente imposible, como lo está también, qué aquel que obra sin cesar, privara al intermediario entre El y la creación, esto es, al hombre, de recoger las sensaciones que le causan tan sublimes bellezas y las ideas que le transmiten el tiempo y el espacio, para elevarlas hasta El, entonando el verdadero himno de agradecimiento y admiración.

— ¿No conoceremos qué nuestra misma pequeñez es la base de nuestro incesante desvíos? ¿No admitiremos que ese tenaz deseo es el punto de partida para realizar en el infinito nuestro progreso?

De ningún modo podemos admitir vuestra definición sobre la fé, que ni llena el corazón ni satisface el pensamiento. Porque si Dios nos ha dotado de inteligencia para desarrollarla y acrecentarla por la observación, la comparación, la deducción, etc., y al detenerla ante artículos de fé, deteneis y matais la actividad del espíritu, parte integrante de la actividad universal.

— Pero la falta de espacio nos impide continuar, por lo que haremos punto final hasta otro número, en el que concluiremos demostrando, que no existe tal pena eterna por no tener fé, ni deja de agradarse á Dios por ello, en el sentido que supón la iglesia romana, ni menos es cierta la conclusión de que sin fé, nadie puede salvarse, como dice asegurar el evangelio.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

IV.

MERCURIO.

Quando el radiante astro del día ha descendido á su ocaso, aparece algunas veces en el Occidente, en medio de la luz crepuscular que aún baña el cielo, una pequeña estrella bastante brillante, la cual, en vez de continuar, como las otras, ostentando su blanca luz, se esconde luego presurosa, huyendo á su vez por el mismo sitio por donde poco antes, lo ha hecho el Sol. Al cabo de algunos días, es inútil que se la busque por la tarde, ni aparece; pero en cambio, á la

mañana, poco antes de la salida del Sol, se la verá ascender por el Oriente, como trazando el camino que aquel debe seguir en su triunfal carrera.

Esa pequeña y blanca estrella, es el planeta Mercurio, que jugueteon parece complacerse en seguir paso á paso al Sol, ora corriendo tras él, ora precediéndole.

Engañados los antiguos por la doble aparición vespertina y matinal de esa estrella, y creyéndola dos distintas, llamaron Mercurio á la de la tarde, en honor al Dios de la noche protector de los viajeros y de los ladrones, y Apolo á la de la mañana, como á encargado de conducir el carro del Sol. Los egipcios y los indios conocieron asimismo al planeta que nos ocupa, con dos nombres distintos tomados, á semejanza de los griegos, de sus divinidades del día y de la noche.

Quando la observación, madre fecunda de muchos descubrimientos, demostró que nunca á la mañana siguiente de haber aparecido Mercurio, se dejaba ver Apolo, se sospechó que ambas podían ser una misma; mas tarde, la sospecha se trocó en certidumbre, y se le conservó el nombre de Mercurio.

A la simple vista, no siempre es fácil distinguir ese planeta; pero con el auxilio de un buen antejo astronómico de mucha potencia puede verse que Mercurio, presenta fases enteramente semejantes, á las de nuestra Luna estando en su período creciente cuando el planeta es visible por la tarde, y menguante cuando lo es por la mañana. Esto demuestra que Mercurio no tiene luz propia, sino que refleja la que recibe del Sol.

Mercurio describe su órbita á 14,783,400 leguas del foco central, describiendo la órbita de éste, de la que trazan los demás planetas, en que, así como la de aquellos es de figura casi circular, la de Mercurio es mas bien una elíptica, resultando de esta excentricidad, que su distancia respecto al Sol no es siempre la misma, sino que llega á aproximarse á 11,670,000 leguas de él, alejándose luego á la distancia de 17,700,000 leguas.

Esta excentricidad de la órbita de Mercurio no dejará de influir de alguna manera en sus condiciones biológicas, pues por razón de esa

diferencia de más de seis millones de leguas, entre su mayor aproximación y su mayor alejamiento del Sol,—ó sea, valiéndonos de términos astronómicos, entre su perihelio y su afelio,—la intensidad de luz y calor que del Sol recibe, cuyo término medio es, comparado con la que recibe la Tierra, cerca de siete veces mayor (6'674) se eleva en su perihelio á más de diez veces (10'58) reduciéndose en su afelio á 4 veces y media (4'59.)

Mercurio verifica su movimiento de revolución al rededor del Sol, en un espacio de tiempo igual á 87 dias (23 horas 14 minutos de los nuestros, de modo que las estaciones allí, solo serán de 22 dias cada una. La velocidad de su marcha en ese movimiento es muy rápida, puesto que en el corto término de cerca de 88 dias, recorre casi once millones de leguas, lo que dá 52,520 leguas por hora, ó sean más de 14 y media por segundo.

El movimiento de rotación sobre su eje lo verifica en 24 horas 5 minutos 28 segundos, pero la duración relativa de sus dias y sus noches debe ser asimismo muy variable en el curso de uno de sus breves años, atendida la gran inclinación de su eje de rotación sobre el plano de su órbita. Esa inclinación tan sensible,—que no baja de 70 grados—es otra causa más que concurrirá á hacer más extravagantes las estaciones en el pequeño mundo de Mercurio.

«No olvidemos sin embargo,—dice Guillermo,—que una circunstancia puede modificar todo esto, de manera que acerque á las nuestras ó las aleje enteramente las condiciones de la vida vegetal y animal en la superficie de Mercurio. Esa circunstancia es la existencia ó la privación de una envoltura gaseosa ó vaporosa, en una palabra, de una atmósfera.»

¿Existe ésta en Mercurio? Veámoslo.

En ciertas épocas, por razón de la inclinación del uno sobre el otro de los dos planos en que giran los planetas Mercurio y la Tierra; sucede que el primero de estos, se encuentra á la misma altura aparente del Sol, en cuyo caso se le vé desde aquí atravesar por delante del disco solar, apareciendo sobre el fondo luminoso como una pequeña

mancha oscura, perfectamente circunscrita y de forma circular, que avanza lentamente hasta que desaparece por el lado opuesto. Estos momentos son muy favorables; pues en ellos puede medirse, con auxilio de instrumentos micrométricos, la dimensión aparente del planeta, de la que se deduce luego la real por medio del cálculo. El año 1799, en uno de esos pases de Mercurio sobre el Sol,—que llamaríamos eclipses, si el volumen ó la aproximación de Mercurio, respecto á nosotros fuera tal, que interceptara de un modo sensible la luz de aquél astro—se notó muy distintamente, al rededor del punto oscuro ó sea el cuerpo del planeta, una gran franja circular, especie de anillo nebuloso, á través del cual aparecía menos luminoso el disco solar que en lo restante de él á donde no alcanzaba la referida zona; de lo que los astrónomos dedujeron que existía una atmósfera en Mercurio, y que esta era muy elevada y muy densa.

Además, se ha notado posteriormente, al estudiar las fases que presenta en sus crecientes y menguantes ese planeta, que la línea que separa la parte iluminada de la oscura, no se deja ver nunca cortada con limpieza, y que la parte que se nos presenta alumbrada, considerada en su anchura, parece como disminuida. Esto corrobora según Beer y Mädler, que la atmósfera de Mercurio es muy sensible.

Refiriéndose á esa atmósfera, hace Guillermo las juiciosas reflexiones siguientes: «Podemos formarnos una idea,—dice—de las modificaciones que una atmósfera, algo densa puede dar á la intensidad de la luz y del calor comparando los dias en que, sobre nuestra tierra, el cielo está puro y sin nubes y los rayos del Sol hieren nuestro suelo, sin obstáculo alguno, con aquellos dias sombríos en que la niebla ó las grises nubes lo ocultan completamente á la vista. La densidad de la envoltura atmosférica puede cambiar singularmente los efectos de irradiación del calor solar. Comparemos la temperatura de uno de nuestros valles con la de las cimas de las montañas, que le rodean; esto será pasar del verano á los frios del invierno, del calor sofo-

cante de julio a las escarchas de noviembre. Y no obstante, el Sol brilla asimismo sobre los montes, como sobre el fondo de los valles. Por fin, la composición química de la atmósfera de Mercurio, la naturaleza de los gases de que está formada, que son tal vez muy diferentes del azote y del oxígeno del aire, son aún nuevos elementos que pueden influir sobre el clima del planeta, y acerca de los cuales no tenemos ningún conocimiento (1).

Justísimas parecerán a cualquiera estas observaciones, ya que bastante se ha dicho y escrito muy formalmente sobre esa temperatura de fuego a que está sometido Mercurio.

«Muchos autores—dice Flammarion (2)—han visto en esa luz y en ese calor, condiciones incompatibles con las funciones de los organismos vivos, y han dicho que en Mercurio las yerbas de los campos serían abrasadas, los frutos desecados, los animales sofocados, los hombres ciegos, si es que hombres podrían existir bajo tal temperatura. Este raciocinio que descansa en un principio falso, es asimismo falso en todas sus consecuencias. Los que así piensan, aplican implícitamente su raciocinio a las creaciones terrestres, que suponen trasportadas a la superficie de Mercurio, donde hallarian indudablemente un centro total diferente del en que viven en la Tierra, y muy probablemente mortal para ellas. Pero como es muy evidente que la naturaleza no ha establecido en Mercurio un sistema de vida constituido según las condiciones terrestres, sino conforme con el estado de Mercurio, ya que en todos lugares y en todo tiempo, los seres no nacen más que allí donde su vida puede existir y estar asegurada; es forzoso admitir, que los habitantes de Mercurio, cualquiera que sea la organización que posean, están formados según las condiciones de su planeta, que están allí en su centro respectivo, y que es muy probable que no podrían existir en las tinieblas y en el frío relativo de los planetas más alejados.»

(1) A. Guillemin, *Le Ciel*.

(2) *Les Mondes imaginaires et les mondes réels*.

Tal es, en efecto, la ley general de la vida en nuestro planeta, y por analogía debemos creer que así sucederá en los demás.

Los seres están formados según el centro que deben habitar.

En las primeras épocas de nuestro globo existían en él animales y vegetales, que hoy por la diferencia de los elementos atmosféricos y la temperatura del suelo, no podrían vivir en él, y de aquí que los unos no existían y los otros vivían una vida raquítica, en cuanto a su desarrollo. Aquellos helechos gigantes, aquellos inmensos brezos, aquellos colosales licopodios, aquellas asterofilas, sigilarias, etc. son hoy familias raras, y las que nos quedan, las vemos humildes plantas que hollamos con nuestros pies, cuando entonces sus lozanas ramas se elevaban a una altura prodigiosa. Los monstruosos animales de aquellas épocas, estaban en armonía con el rudo suelo que les sustentaba. Nuevos sacudimientos y nuevas transformaciones sufrieron la corteza apenas enfriada del planeta, y los antiguos moradores son destruidos, apareciendo otros nuevos en relación también con la nueva época. Los animales de organización complicada, de respiración pulmonar, no hubieran podido vivir en medio de aquella tibia atmósfera tan sobrecargada de ácido carbónico y de vapor de agua; y por lo tanto nadie concebirá que éstos sean contemporáneos de los trilobitos de la época devoniana.

Y aun hoy, no está cada ser organizado según el centro donde reside.

¿Cómo podrían habitar esos débiles moluscos el fondo del Océano, sufriendo una presión tan considerable como la que sobre ellos pesa, sin las robustas espirales de la cubierta calcárea que les protege?

Desde luego, pues, los seres que habitan en Mercurio, estarán organizados según las condiciones de su planeta, ya sea aquel totalmente distinto, ya sea semejante al nuestro.

De cualquier modo que sea, si por su organización especial no están exentos de sentir los bruscos cambios de su clima, tendrán que sufrir en cuanto a las variaciones de temperatura, mucho mas que nosotros,

yá que, como hemos dicho, en el corto espacio de 88 días, se realizan las cuatro estaciones, y por cierto muy desemejante entre sí.

¶ Pero existe alguna analogía entre la constitución física del suelo de Mercurio y el de la Tierra? Por lo pronto está comprobado que existen montañas allí como aquí pero mucho mas altas que las nuestras, según se deduce de la observación. Hé aquí lo que leemos en la excelente obra de Guillemin *Le Ciel*: «Durante las fases en forma de media luna (de Mercurio) diversos observadores, entre ellos Schroeter, Beer y Müller, han visto varios escotaduras que hacían aparecer como dentellada la línea de separación de la luz y la sombra, habiendo justificado además la existencia de un corte en el cuerno nortatl de la media luna. Estos accidentes no eran siempre visibles, sino que desaparecían para volver á reaparecer á intervalos, cuya periodicidad ha permitido determinar la duración de rotación de Mercurio. Eso acusa evidentemente la existencia de altas montañas que interceptan la luz del Sol, y de valles sumergibles en la sombra, que se sitúan á las partes iluminadas del planeta. Mercurio tiene, pues, montañas. La medida de la truncadura de la media luna ha permitido asimismo evaluar la altura de una de ellas, cuya medida, sino es muy exagerada, no sería menor de la 253ª parte del diámetro del planeta: esto es, más de 19 kilómetros. La mas alta de las montañas conocida del globo terrestre, el Gouri sankar del Himalaya, no tiene nueve mil metros de altura vertical, ese gigante de los montes terrestres no se eleva sobre el nivel del mar, más que la cuarenta y seisésima parte del diámetro de la Tierra.»

No es este todo. Schroeter distinguió, durante el paso de Mercurio sobre el Sol, el año 1799, un punto luminoso sobre el disco oscuro del planeta, lo que le hizo creer que no podia ser mas que algo volcan en ignición.

¶ A pesar de lo difícil que es estudiar á Mercurio, que siempre se presenta á nuestra vista envuelto en luz solar, ese mismo sube que tanto ha enriquecido la ciencia con sus

importantes trabajos respecto de los planetas, pudo observar sobre Mercurio, cierta mancha ó banila brumosa que consideró como una zona ecuatorial, de cuya dirección dedujo la inclinación del eje de rotación. CATOIO

Mercurio es mucho mas pequeño que la Tierra, es el menor en volumen de todos los miembros del sistema solar. Su diámetro es de 4.978.530 kilómetros, cuando el de la Tierra es de 12.732.814; su densidad es cerca de tres veces más considerable que la de nuestro planeta.

Si en las tranquilas noches, la densidad de la atmósfera de Mercurio permite á los habitantes de ese mundo admirar la grandiosa belleza del estrellado firmamento, les astros aparecerán á sus ojos en la misma posición relativa que para nosotros: en cuanto á los planetas, Venus se les presentará como una hermosa estrella de vivísimo resplandor, pudiendo notar así en aquella como en la tierra: algunos indicios de fases. En cuanto á los planetas mas lejanos del sistema, es posible que no puedan percibir el débil resplandor que despiden, yá que para nosotros no son visibles más que con la ayuda de los instrumentos.

El Sol se presenta á los habitantes de Mercurio de una manera verdaderamente grandiosa. Figúrenseos un disco, donde brillar cuatro veces más grande y más espléndido de lo que aparece á nuestra vista, cuyo tamaño y brillo vá aumentando á medida que progresivamente en el transcurso de algunos días, hasta llegar á ser diez veces mayor y más resplandeciente que lo vemos nosotros, y tendremos una idea del modo que ve el Sol los habitantes de Mercurio.

LUIS DE LA VEGA

SOCIEDAD ALICANTINA
DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.
DICTADOS DE ULTRA TUMBA.

Medium A. L.

¡Ay! Si pudiera romper la ligadura que me retiene aun, afecto á la materia, si la fuerza que me falta para alcanzarlo se viera suplida, por vuestros esfuerzos espirituales; fundado mi espíritu en la lamenza misericordia del Hacedor, tiene el convencimiento íntimo de que pronto cesaría la oscuridad que me rodea para verse mi ser inundado de la luz que debe irradiar en el Reino de la verdad y cuya existencia presento, sin duda para dar mayor intensidad al dolor que adolora mas y mas mi triste posición.

¡Ay mis generosos hermanos! El cambio que se operó en mis ideas antes de abandonar vuestro suelo, no obstante la impresión que recibí mi ser de la salvadora doctrina del espiritismo antes de nuestra separación, no he podido evitar que se cumpliera la inmutable ley de la perfecta justicia, sintiendo los acerbos sufrimientos de mi desacierta conducta en la última encarnación.

Desatentado marché por el océano de las mundanas pasiones, como el acero atraído por el imán, me lanzaba al góce de las auscultaciones materiales, ensordeciendo el grito de mi conciencia que sin cesar me indicaba la senda que debía seguir y ponía á mi alcance dos estravíos á que me entregaba, de manera que era un criminal, consciente y no ignorante pecador. Este estravío de mi vida terrenal, ha destruido los efectos de mi encarnación que faltando á los sagrados deberes que el espíritu se impusiera, al venir entre vosotros fascinados por los efímeros alagos de vuestro suelo, interpuso una valla á su progreso dejándome en el mismo estado que tenía antes de emprender mi último viaje.

Deploro amargamente la triste situación en que me hallo, pero siento al propio tiempo la resignación que as manester para sobrellevar el peso de mi infortunio sin faltar á los preceptos de nuestro lema; beneficio incommensurable que debo á la enseñanza del libro que todo es amor y caridad.

El arrepentimiento de mi pasado, absorbe la mente mía y la voluntad de una eficaz repara-

ción, va tomando creces en mi espíritu. Para alcanzarlo pido vuestra cooperación. Contribuid con vuestros esfuerzos para abreviar mi estado arrebatándome de la tenebrosa mansión que ocupó, y que luego se me abra el camino que me conduzca á recuperar el tiempo perdido.

En este sentido pues, para tan nobles fines os suplico la oración.

La plegaria es el conductor del pensamiento al pensamiento, de la criatura á Dios; á su poderosa influencia se abren las puertas del infinito al alma que sufre y vive en su desierto, y á su armónico calor, secando las lágrimas que la angustia del sufrimiento, engendra en sus ojos espirituales. Así me lo enseñó la doctrina de la Revelación.

¡Oad pues por mí, queridos hermanos, que á través de mis infelicias aparezcan los primeros albores de la anhelada esperanza de un próximo porvenir que sienta luego los efectos balsámicos de la oración, dadme aire para respirar; aliméntame para que no decaigan mis fuerzas, que en la práctica de la caridad, se hacen buenos los espiñistas y acreedores á la misericordia Divina que tanto necesita el que fué.

J. T.
Medium A.

¿Puede una oración, dirigida en general á determinados espíritus, ser provechosa á cada uno de ellos, en el mismo grado que si fuera individual?

El consuelo que experimenta el espíritu por una plegaria dirigida á muchos, es tan exiguo, que apenas basta á dar un ligero alivio á los sufrimientos de su conciencia.

Es más eficaz la oración cuando va encaminada á uno sólo, en cuyo caso, el espíritu acude con mayor sollicitud al llamamiento, y escucha vuestros acento como la voz del amigo que desea aliviarles, siendo este uno de sus mayores goces. El espíritu mide, por la oración el grado de sinceridad y de amor con que el encarnado se le dirige, y aprecia aquel obsequio como un don especial que le fortalece en sus aflicciones, alige la pesada carga de sus penas y le eleva sobre sus sufrimientos, á regiones mas puras que le inundan de felicidad. Sucede á veces que el que es objeto de este obsequio no lo necesita y entonces goza más, transmitiendo la saludable

influencia de la plegaria al desventurado que sufre. Vosotros no podéis apreciar el bien que hacéis cuando oráis por los espiritistas en sufrimiento. ¡Cuántos, por este medio, han vuelto a la senda del bien, abandonando el camino de perdición que seguían!

— 300 — Medium A. L. 1881

La congregación de dos ó más personas, reunidas para elevar plegarias á Dios, constituye la verdadera Iglesia. De modo que vosotros en el momento mismo en que os reunís con un fin tan noble y elevado como es el dirigiros á Dios, elevando hacia él vuestras preces, estais ya dentro de la verdadera fé religiosa.

Las religiones todas, han tenido sus puntos vulnerables, y uno de ellos ha sido siempre el desplegar un lujo deslumbrador en sus templos, y esto que puede ser muy bueno para recrear la vista, es altamente censurable y perjudicial bajo el punto de vista religioso.

Hermanos, la perfección del hombre es en sí, lo que es la religión con respecto á sus sacerdotes. El sacerdote de toda religión debe ser el tipo perfecto del hombre de bien; debe ser el ejemplo de sus feligreses.

Los encapitados de los grupos espiritistas, deben ser el timon de la gran nave llamada espiritismo; y deben saberla conducir con maestría á su seguro y verdadero puerto. Deben poseer independencia y practicar la virtud. En una palabra, deben ser simulos del gran maestro, para que la obra sea maravillosa y tenga toda la solidez necesaria.

— 301 — Medium M. C. 1881

Aún que te parezca lo contrario, por ciertas señales aparentes para todos, el dragón rojo, — Satán — está herido de muerte. Llegó la época, y ha llegado ya, en que debe ser conducido al desierto, donde será ahogado en la sangre del cordero, es decir, en la práctica universal de la verdadera doctrina de Cristo Señor nuestro.

El mundo sigue aun en tinieblas; porque la mayoría de los hombres, — las grandes aguas terrestres, — no se ha resuelto todavía á vestir la blanca túnica de las obras de amor, caridad y virtud imachables. Haced penitencia, eubrios con el saco canicento, pues el cordero está ya entre vosotros, esperando el instante de entrar como el ladrón, por la ventana y de improvviso.

Huid de toda corrupción, de todo vicio, de todo comercio con la gran prostituta, que no es otra que la Iniquidad bajo todas sus formas. Si hacéis lo que está de indicaros, seréis dignos de tomar asiento en la Jerusalén celeste, que no tardará en bajar dispuesta por el mismo Dios, como la novia para la boda... Así sea.

— 302 — Juan Evangelista.

VARIEDADES.

A UN NIÑO.

¡Pobre niño! Tú al nacer
Te fué ingrata la fortuna;
Que abandonaron tu cuna
Los que te dieron el ser.
Y de tu desgracia en pos,
Felstes la tierra cruzando;
Y en tu orfandad implorando:
Una limosna por Dios.
Algunos te acariaron,
Y muchos te repellieron;
Trabaja pues, te dijeron,
Y por qué no te enseñaron?
Por intulecion no hay saber,
Es necesario enseñar;
Y se tiene que sembrar.
Si se quiere recoger,
Han pasado algunos años
Y hoy la Caridad te llama;
Y un colegio te reclama
Para darte desengaños.

Que aun eo la primera edad
El magnate de la tierra,
Ya revela que en sí encierra
Imperiosa voluntad.

Los niños, como eres pobre
Con desden te mirarán,
Y avaros te negarán
Lo superfluo que les sobre.
Cuando llegue un día de fiesta
A todos los verás ir,
Que se van á divertir,
Y á jugar en la floresta.

Solo tú te quedarás
Mirándolos tristemente;
Diciendo con voz doliente,
¡Madre... madre...! En dónde estás?
Cuando tu sepas leer,
No te dará un libro santo:

Para que enjugues tu llanto
Y cese tu padecer.

Lo reservo para ti,
Que en las hojas de la Biblia,
tu hallarás esa familia:
Que no has encontrado aquí.

Tal vez con pena dirás:
¿Me encuentro desheredado;
No es así: quien te ha creado
No deshereda jamás.

Porque ese Dios de consuelo
Amor y justicia encierra;
Y si algo niega en la tierra
Es para dárselo en el cielo.

Solo su herencia retarda
A aquellos desventurados,
Que los mira dominados
Por una pasión bastarda.

Por la envidia, cuyo afán
Al hombre lo precipita,
Y trás su huella maldita
Todos los crimenes van.

Al cielo le pediré
Que no conozcas la envidia;
Que aquel que con ella lidia
Pierdo en el mundo la fé.

Y la fé es el gran tesoro
Que enriquece nuestra vida;
Cuando perdemos su égida
De nada nos sirve el oro.

Con la fé nuestra razón
Comprende de Dios el nombre,
Porque la fé es para el hombre,
¡La tierra de promisión!

Angelia Domingo y Soler.

Madrid.

SECRETO.

Grata fué para mí y consoladora
Vuestra afición, espíritus queridos:
Exaltá mis potencias y sentidos
Empresa tan sublime y creadora:
El cáncer de la duda roedora
Ya no abate la fé, no; los gemidos
Del alma contrariada, doloridos,
Truécanse en una calma bienhechora.

Os debo pues la paz de mi conciencia,
Y acaso mucho más. ¿Cómo pagáros
Gestiones generosas tan activas?

Alabo del gran Dios la Omnipotencia,

Y os trenzo, no sabiendo ya que daros,
Coronas de lanrel y siemprevivas.

J. PASTOR DE LA ROCA.

A LOS SUSCRITORES MOROSOS.

Toda idea nueva como la que sostene-
mos, necesita ante todo para su propaga-
cion, una ruina de oro con que sostener el
medio de hacerlo; siendo necesario, de todo
punto necesario, que todos cuantos desinte-
resadamente se hallan interesados en que
se arraigue en la conciencia del pueblo la
verdad de nuestra doctrina regeneradora y
moral, contribuyan con un grano de arena,
y de este modo, llegará el día en que el
edificio se habrá construido victoriosa-
mente.

Por lo que rogamos encarecidamente á
aquellos de nuestros suscritores que se ha-
llan en descubierto con esta Administracion,
se dignen remitir lo que á la misma adeudan
á la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les
quedaremos agradecidos y en caso de no
efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de
remitirles LA REVELACION hasta tanto que
avisen ó manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

Vicente Costa y compañía,

S. FRANCISCO, 21, DUPEREADO.